



Conferencia Ecuatoriana de Religiosos/as

García de León Oe4-33 y Ruiz de Castilla—(02) 3202759—3202265—www.vidadelacer.org—cernacional@gmail.com - QUITO



Entrega tus aportes a la Reflexión de este módulo, en la CER, o mandar a [cernacional@gmail.com](mailto:cernacional@gmail.com)

Quito, septiembre de 2010

# Comunidad

## VER dónde estamos



Partimos de la necesidad que tenemos todos de encontrarnos, de vivir en sociedad, en comunión. Esta exigencia es una realidad humana, no es sólo propia de la vida religiosa.

En la vida religiosa encontramos este aspecto de la comunidad como un elemento básico, ya que quiere 'visualizar' ante el mundo esta realidad, que ya no es solamente sentir la necesidad del encuentro con los demás, sino sentir que los demás son parte de mí, que somos hermanos, hijos del mismo Padre.

Esta realidad se vive en la vida religiosa de un modo muy plural. Todos estamos de acuerdo en que nos necesitamos y queremos vivir en comunión, pero cuando llega el momento es cuando surgen las dificultades. Ciertamente la comunidad es una de las realidades más lindas y gratificantes de la vida consagrada, pero a la vez la cruz, ya que requiere un ir 'muriendo' poco a poco a nuestro individualismo, para poder resucitar en una comunión plena de vida.

Es muy difícil hacer un diagnóstico de nuestras comunidades religiosas, porque es más el ideal y el deseo de vivir un estilo comunitario vital, profundo, lleno de Dios, que nuestras realidades fraternas, donde palpamos muchas veces nuestras pobreza personales, el dejarnos llevar de nuestro individualismo, o el querer vivir un estilo comunitario muy 'estructurado', pero que no tiene una calidad fraterna en las relaciones.

Nuestras comunidades religiosas se han contagiado de los males del mundo posmoderno. Tenemos muchos medios de comunicación, pero podríamos decir que entre nosotros no nos comunicamos demasiado. Dejarnos llevar del activismo y de las necesidades que nos urgen, ha hecho que no nos encontremos para poder compartir la vida y la misión.

Tenemos división de trabajos, pero cada uno vive a lo suyo y no nos damos

## Para la reflexión y oración

1. Temas de diálogo dentro de la comunidad que ayudan a vivir la vocación específica
2. ¿Cómo utilizar los medios de comunicación social para que ayuden a la vida comunitaria y la opción por el Reino?.
3. Características de una comunidad místico-profética en la realidad concreta que estás viviendo.

## ORAR en comunidad



### Ambientación.-

En la capilla o en el lugar de la celebración colocar un signo de unidad que sea significativo para su comunidad. Poner hojas de papel en blanco en el suelo y con un marcador de un color escribir los signos de comunión que viven y los signos de falta de comunión que viven: socializar y orar.

### Monición de entrada.

**Canto:** Arriégate N. 300 RPD

**Lectura y reflexión:** Música de fondo, leer y orar

- Jn 17,21: "Que todos sean uno, como tú, padre, estás en mí y yo en ti. Que ellos también sean unos en nosotros, para que el mundo crea que Tú me has enviado"
- 1 Cor 10,17 "Siendo muchos formamos un solo cuerpo, porque el pan es uno y todos participamos del mismo pan".
- 1 Cor 12, 27. "Ustedes son el cuerpo de Cristo y cada uno en su lugar es parte de El".

corrección fraterna (Mt 18, 15-18)

Trataremos de gestar unas comunidades donde lo más importante no sea el hacer, sino el tener una vida donde haya una armonía entre las cosas a realizar, las exigencias de las personas y del grupo. Donde se dé un puesto importante a la FORMACIÓN PERMANENTE y a los diálogos / encuentros / retiros comunitarios. Donde no se dejen de lado fácilmente por excusas.

Buscaremos crecer en la conciencia de que somos un grupo reunido “en el nombre del Señor”. Jesús tiene que ser el centro de nuestra vida. La experiencia de Dios tiene que ser el deseo cada día de cada hermano y hermana, el “buscar el rostro del Señor”, que sea el apasionamiento de cada día.

Queremos también vivir en la comunidad el testimonio evangélico. Unos estilos sencillos de vivir, un acercamiento a todos, pero preferencialmente con los pobres. Que nuestra misión sea realmente evangelizadora, no sólo con las palabras sino también con la vida, no sólo individualmente sino también como comunidad.

Estaremos abiertos a vivir la comunión no sólo al interior de nuestra comunidad, o con las otras comunidades de nuestro carisma, sino también con otros religiosos y religiosas, con laicos que han encontrado en nuestros carismas una respuesta a sus inquietudes, con los Pastores del pueblo de Dios, con otras gentes de buena voluntad que luchan por construir un mundo nuevo. En definitiva con todos aquellos que quieren responder a ese clamor de la vida que muchas veces es silencioso, y otras veces es como una fuerte voz, a la que no podemos permanecer indiferentes.

Unas comunidades que quieren ser presencia de la rica diversidad que tiene la humanidad. Comunidades donde se manifieste que es posible vivir la internacionalidad, la interculturalidad, la diversidad racial, la diversidad generacional (Vita Consecrata 51).

Unas comunidades que realmente vivan la mística y la profecía. Que descubran la gran misión que tienen de presentar ante el mundo el Rostro materno del Padre. Que deseen encontrarse cada día con Él a través de la oración, a través de los rostros en los cuales El mismo nos llama e interpe-la (Puebla 31ss; Aparecida 257), en su Palabra, en los Sacramentos. Y que tengan el coraje de vivir su misión profética con valentía (Aparecida 220). Comunidades abiertas a la Iglesia y al mundo, donde también la Buena Nueva de Jesús sea una realidad que se viva al interior, entre los hermanos / hermanas y al exterior, con todos los ‘excluidos’, con los que nos encontremos en el camino (Lc 10, 25-37).

tiempos para poder entrar en un compartir no sólo de lo que hacemos, sino de lo que deseamos, de nuestros sueños, de nuestras dificultades.

La falta de formación permanente empobrece nuestros diálogos, que muchas veces son de cosas superficiales, de cosas del momento, pero no de nuestras necesidades profundas.

En esta diversidad de realidades comunitarias, encontramos desde las que son muy reducidas (y que no podemos ni darles el nombre de fraternidades, porque están formadas por apenas dos hermanos o hermanas), hasta las que son más amplias (sobre todo las de las casas formativas, que sin llegar a tener los números que tuvieron en otros años, generalmente suelen ser más nutridas).

Generalmente la vida comunitaria está marcada por la misión. Si suelen hacerse los proyectos comunitarios al inicio de los años escolares, pero cuántas veces se ven alterados por urgencias o situaciones inesperadas. También el cansancio y el no organizar bien la vida, tanto personal como comunitariamente, hace que estemos, por momentos, con pocas ganas de tener encuentros, sobre todo para la formación permanente. Y cuántas veces las estructuras no permiten que podamos de verdad encontrarnos en nuestra realidad más profunda. Compartimos los temas que nos urgen (en actividades educacionales, en trabajos apostólicos), pero no nos damos tiempo suficiente para poder vivir la gratuidad.

Y no señalemos las deficiencias en nuestra experiencia espiritual como comunidades. Pero hay que decir que si no rezamos juntos, qué difícilmente podremos compartir la vida, motivados por Jesús de Nazareth, que es quien nos convoca a vivir el encuentro con El, y con nuestros hermanos.

## Para la reflexión y oración

1. Elementos de tu vida religiosa que te hagan pensar que tienes “vocación” por la comunidad.
2. La comunidad que estás viviendo en este momento: ¿Qué tipo de relaciones interpersonales promueve dentro y fuera del ámbito de la casa?
3. ¿Cuáles podrían ser las tres características de una comunidad de fe que vive apasionadamente por el evangelio y los pobres?

## PENSAR sobre esta situación



Ya en el Antiguo Testamento vemos cómo Dios elige un pueblo (Dt 4,20; 7,6). Desde el principio aparece ese sentido de comunidad.

Jesús en el Nuevo Testamento convoca a un grupo de discípulos en torno a El. Son los apóstoles (Mc 3, 13-19), los 72 discípulos a los que envía en misión (Lc 10, 1ss) y un grupo muy amplio de gente que le rodeaba. Pero es sobre todo con estos grupos de varones y mujeres, con los que formará un estilo de vivir, un compartir su misión, un enseñarles desde la vida y las situaciones que les rodeaban, para que juntos descubrieran los llamados de Dios en las cosas de cada día (Lc 21,1-4).

El grupo de discípulos crea en torno a Jesús una comunidad de vida. A ellos les enseña, tanto en público, como en privado. Con ellos camina, come, reza, descansa. De tal forma que ellos, cuando Jesús Resucitado desaparezca de su horizonte, se convertirán en creadores de comunidades, como ellos habían vivido con Jesús. Primeramente una comunidad orante que recibe la fuerza del Espíritu Santo (Acts 2, 1ss), y posteriormente un grupo misionera que anuncia la Buena Noticia de Jesús.

Un modelo para nosotros serán siempre las primitivas comunidades cristianas (Acts 2,42-47). Su ideal será siempre el espejo en el cual nosotros debemos mirarnos (cf. Vita Consecrata # 45).

El documento Vita Consecrata señala que “En la vida de comunidad, además debe hacerse tangible de algún modo que la comunión fraterna, antes de ser instrumento para una determinada misión, es espacio teologal en el que se puede experimentar la presencia mística del Señor Resucitado (cf. Mt 18,20)” (# 42).

El documento de Aparecida menciona repetidas veces el tema de la comunidad y la comunión. Llegando incluso a decir “Desde su ser, la vida consagrada está llamada a ser experta en comunión, tanto al interior de la Iglesia como de la sociedad” (# 218). Y debe tener un carácter profundamente místico y comunitaria (DA # 220).

La comunidad no se da solamente entre los miembros de una fraternidad, sino que tiene que irse ampliando cada vez más. Comunión con los pastores, con otros agentes de pastoral, con otras formas de vida consagrada, con los laicos. A través de la comunión tenemos que manifestar ante el mundo la unidad que se da en la Trinidad (Vita Consecrata # 41).

La diversidad que se da en la Iglesia, debe ser para gestar una comunión cada vez más profunda, más amplia y más fuerte; y ahí estamos los religiosos y religiosas dando nuestro aporte, que debe ser cada vez más consciente y consistente (DA # 162). Con esa idea de que “la comunión y la misión están profundamente unidas entre sí... La comunión es misionera y la misión es para la comunión” (DA # 163).

### Para la reflexión y oración

1. Señala dos o tres signos concretos de tu comunidad que manifiesten la “vocación de la comunión”.
2. Textos que te animan a vivir en comunidad (y por qué) como expresión de la opción por la vida religiosa

## ACTUAR en nuestra vida



Queremos vivir unas fraternidades donde haya un mínimo de hermanos o hermanas que posibilite encuentros entre los miembros

Nos comprometemos a vivir unos estilos de vida comunitaria que cada vez se alejan más del ‘feroz individualismo’ que reina en nuestra sociedad, de querer llenarnos de cosas muchas veces inútiles, y que seamos realmente en la sociedad testigos de lo importante que es vivir los ‘cálidos encuentros’, donde cada hermano y cada hermana se siente acogido, acompañado, estimulado, aceptado. En definitiva donde sintamos que no sólo nuestra presencia como religiosos cuenta, sino también nuestra realidad humana.

Usaremos los medios de comunicación social, pero como son, como medios. Que no nos distraigan de nuestros encuentros con los demás, que no nos lleven a buscar ‘distracciones’ fuera de la comunidad, que no nos descentren de Jesucristo, y que más bien potencien en nosotros una actitud profunda de espiritualidad. Vivir el discernimiento crítico ante el uso de los MCS es muy necesario.

Buscaremos unos estilos de vida comunitaria donde no se vea a cada hermano y hermana como alguien que lleva adelante una tarea. Donde todos tendremos nuestras tareas, pero donde las compartiremos y nos ayudaremos, porque lo más importante no son las actividades a realizar, sino las personas que viven. Trataremos de ayudarnos a través de la muy necesaria